

Estrategia de las guerras imperialistas. Modelos de expansión imperial y estrategia militar en Oriente Próximo y Medio. Francia y sus políticas en Siria

Pablo Sapag M.

Si hay una región que desde el final de la Primera Guerra Mundial ha estado expuesta a estrategias de expansión imperial a través de la guerra, es Oriente Próximo y Medio. Se trata de un cruce de caminos entre Oriente y Occidente y por lo mismo estratégica por razones comerciales y militares. A ello se suma su valor cultural y simbólico al ser el lugar donde nacen las tres religiones monoteístas y las civilizaciones antiguas más importantes. Desde la segunda revolución industrial, cobrará un renovado interés imperialista por sus yacimientos de petróleo. En el caso de Estados Unidos, esas estrategias se derivan de un doble interés: 1) el control de los pozos de petróleo y 2) la necesidad de consolidar una presencia militar para garantizar esos flujos petroleros y proyectarse militarmente hacia el extremo oriente asiático en el marco del enfrentamiento que mantiene con China y que desde el final de la guerra fría determina la política exterior de EE UU. Políticamente esa estrategia se manifiesta a través de alianzas pragmáticas con actores regionales que habitualmente actúan al margen de los valores que EE UU dice promover. Esos aliados son Israel, Arabia Saudí, Turquía, Qatar y Emiratos Árabes Unidos.

Hay, además, estrategias neo-imperiales o imperialistas de baja intensidad de potencias medias o en decadencia, aunque igualmente dañinas. Potencias que se benefician del protagonismo mediático de EE UU y que por lo mismo actúan con más impunidad, estados como Reino Unido, Turquía y, sobre todo, Francia, clave para entender la crisis siria. Una crisis con causas internas pero, sobre todo, motivaciones regionales y globales. En el primer caso, los intereses de algunas potencias de reconfigurar la región desde el islamismo político de inspiración salafista-wahabita, lo cual choca con un país estratégico como Siria cuya seña de identidad es la multiconfesionalidad social, resultado de la geografía, la historia y la oposición de la población a modelos sectarios imposibles en un país donde la realidad social y el protagonismo de los distintos grupos no se basa solo en su peso demográfico, también en elementos históricos y cualitativos.

El interés de potencias regionales suníes (Arabia Saudí, Qatar y Turquía), dotadas de recursos económicos, mediáticos y diplomáticos no solo es de tipo confesional y político, también económico y estratégico. Sin embargo, y dada la densidad estatal, militar, social, cultural e ideológica de Siria, esos planes no tenían ninguna posibilidad de ejecutarse sin involucrar a otras potencias mayores. Ahí entran los EE UU, Reino Unido y, sobre todo, Francia.

Para entender la beligerancia francesa en contra de Siria hay que remontarse a la Francia de los Capetos en el siglo X. Su catolicismo exacerbado le llevó a ser la más entusiasta defensora de las Cruzadas en Levante. Como explica Amin Maalouf en las *Cruzadas vistas por los árabes*, el objetivo de la Francia Occidental o de los Capetos era más que combatir a un Islam aún minoritario en Bilad al Cham (la Siria histórica), al cristianismo oriental en sus distintas manifestaciones. Desde los cristianos ortodoxos de rito griego (Rum), a los melkitas, pasando por los siríacos y otras denominaciones del cristianismo primigenio.

Francia fracasó en su intento de asimilar a esas iglesias orientales al catolicismo romano, de la que se había convertido en brazo armado y político. Todavía hoy en Siria a los cruzados se les llama despectivamente *franji*, francos, franceses. En plenas Cruzadas, en el Siglo XII, Francia logró cooptar en la región a los maronitas, que se plegaron a Roma. Ese primer contacto les permitirá proyectar más tarde una influencia mayor. Aprovechando la violencia que se desata en 1860 entre drusos y maronitas, una Francia en ascenso aprovecha la debilidad del Imperio Turco Otomano para que este le conceda el estatus de protectora de los maronitas en Líbano, desde siempre parte de Siria. Gracias al acuerdo secreto Sykes Picot en 1916 entre Francia y Reino Unido consolidará su presencia en la región al obtener de la Sociedad de Naciones la condición de potencia mandataria de la parte más importante de Bilad al Sham, básicamente el Líbano y la Siria actuales, además de Alexandreta.

Desde el día uno del Mandato impuesto a Siria, Francia aplicó su viejo esquema confesional y sectario. Creó así cuatro pseudo estados (Damasco, Alepo, Líbano y el Estado alauita) y dos cantones, el druso en el sur y el de Alexandreta, donde está Antioquía mayoritariamente poblada por cristianos y alevies. Para hacer esas divisiones solo se basó en el elemento cuantitativo, dando por hecho que la sociedad siria se movía por principios confesionales. Francia buscaba así dividir para controlar el territorio. Fue la presencia francesa la que introdujo en Bilad al Sham conceptos desconocidos en Siria, como los de mayoría y minoría, basados solo en lo cuantitativo y obviando consideraciones cualitativas, por ejemplo la importancia de la etnia o el emplazamiento geográfico frente a la confesión.

La política francesa del Mandato fue un fracaso, fuera de los maronitas, y ni siquiera por todos ellos, el modelo de cantonalización confesional no fue aceptado por la población. En 1943, y antes de tener que marcharse como consecuencia del fracaso francés en la Segunda Guerra Mundial, Francia buscó asegurarse un territorio al que controlar a distancia y desgajó definitivamente al Líbano de Siria, imponiendo un modelo político confesional vigente hasta hoy. Antes, en 1938, había regalado Alexandreta a Turquía, que la rebautizó como Hatay. El objetivo: soltar lastre y hacer una depuración confesional para que lo que quedara de Siria tuviera mayoría suní, desconociendo la realidad de la multiconfesionalidad social siria.

Antes de que Siria lograra su Independencia en 1946, Francia bombardeó Damasco, cebándose con el Parlamento sirio, que echaba atrás todas las leyes segregacionistas y sectarias del Alto Comisionado, el virrey francés en Siria. Lo que más le molestó a Francia fue que alauitas y drusos rechazaran sus planes de cantonalización y a la primera oportunidad apostaran por una Siria unida. Solo su odio histórico a los cristianos ortodoxos, los más nacionalistas de los árabes, superaba su desprecio por drusos y alauitas.

En 2011 y con la excusa de la mal llamada primavera árabe, el Partido Colonial, un grupo transversal que existe en Francia desde mediados del siglo XIX, retoma los planes para cantonalizar Siria. Se trata de una revancha histórica alimentada por las nuevas alianzas francesas; el estado de Israel, Arabia Saudí, Turquía y Qatar, todos empeñados en crear una Siria musulmana suní, de ahí la coincidencia con Francia, favorecida además por los suculentos negocios y la financiación de las campañas electorales de

Sarkozy y Hollande, socios en el Partido Colonial que ha inspirado esta y pasadas políticas francesas hacia Siria.

Francia ha financiado a grupos armados terroristas que recuperaron la bandera de la Siria bajo ocupación francesa, esa Siria pretendidamente musulmana suní y cantonalizada. Desde el Consejo de Seguridad de la ONU, ha liderado todas y cada una de las resoluciones contrarias a Siria y su pueblo y dada su influencia en la UE arrastró a los 28 a lo que es su mayor error en política exterior. Cierre de embajadas, embargo económico y apoyo a grupos islamistas radicales que usan el terrorismo. Todo por influencia francesa.

El momento culmine llega en septiembre de 2013 cuando pese al rechazo de EEUU y Reino Unido, Francia se empeña en bombardear Siria como respuesta al montaje del uso de armas químicas en ese país. Ni siquiera los atentados terroristas de París, protagonizados por europeos curtidos en el parque temático yihadista en el que Francia ha convertido a Siria han hecho que París cambie su política hacia Siria. Una política que no es de un día ni de un presidente y que encaja con el proyecto histórico de Francia en Oriente Próximo y que hoy, convertida Francia en una potencia menos relevante, le resulta mucho más fácil camuflar y esconder. Es lo que llamamos imperialismo de baja intensidad pero de consecuencias tan criminales como devastadoras. Siria es buen ejemplo de ello.